

El Baluarte

WADW

Inscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/60 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 270

Sevilla—Sábado 22 de Noviembre de 1902

AÑO XXVI

Atmósfera mefítica

No ha resultado el espectáculo parlamentario para los aficionados a los grandes sucesos.

Ha tenido mucho, en cambio, de regateos de mercancía cuando se hablaba de ofrecimiento de carteras, y subió de punto al hacerse la crítica de la crisis en que Romero, repartiéndose mandos, recordaba la frase de Maura sobre la atmósfera de inmoralidad que se cierne y se acumula sobre el Gobierno; y las de Silvela, aconsejando al ministerio que aproveche la ocasión de morir con honra antes que venga el final trágico que auguran todos los políticos gubernamentales.

A nadie han satisfecho las explicaciones dadas en ambas Cámaras por el Presidente del Consejo de ministros—decía el señor Romero—y nosotros agregamos que en el país han producido impresión de risa y sentimiento de menosprecio que así se abuse de su paciencia por el Gobierno y por esas mismas oposiciones que no se disputan otra cosa que el disfrute del poder.

¿Qué hubiera sido si el Sr. Romero hubiera ocupado un puesto en el banco azul al lado del Sr. Sagasta? Pues que éste sería para el gran parlamentario el patriarca de las libertades, el único capaz de sostener sobre sus hombros la dirección del gran partido liberal, etc., etc. Pero no ha sucedido así, y Romero, colaborando con Nocedal, abrigando a Silvela, cierra contra el banco azul, disparando bala rasa hasta alzar la puertería, como hizo Silvela; y repetirá, si no le dan el poder en el término o plazo preteritorio en que lo ha reclamado, con los apremios de todas las amenazas y con los puños cerrados, aperebido a obtenerlo poco menos que a tiros; porque hasta hace decir en los periódicos, y en periódicos democráticos, por los que ahora sienten grandes cariños que son correspondidos, que el país reclama inmediatamente la subida al poder de los conservadores para salvarle.

Apenas se concibe mayor escarnio, y menos se explica que periódicos democráticos consagren estas propagandas. Los conservadores, aliados a los mauristas, son la calamidad pública que falta a este desdichado país para llegar al término fatal de las desdichas y al más horrible retroceso.

Para cuando sean gobierno, preparamos un trabajo sobre las decantadas moralidades de que tanto da en el rostro a todo el mundo el señor Maura, y que ahora copia Silvela.

El debate ha de ofrecer para nosotros la ventaja de que ante un gobierno agotado, desacreditado, perdido, se levantan las oposiciones monárquicas, haciendo gala de todas las pasiones malsanas, de la ambición de mando, no para gobernar ni dirigir a una nación, sino para seguir oprimiendo al pueblo y disfrutar del botín que ofrece sumisa y casi axánimé esta patria, a merced de unos cuantos cuadrilleros.

La mina republicana va a intervenir en el debate. Lástima que no pueda hacer un prógama, y que haya de limitirse a un acto de crítica severa y de acerba censura contra el banco azul, contra la derecha conservadora y contra toda tendencia dentro del régimen.

Que lo haga sin palabras gruesas, con la seriedad que da la razón y con la justa indignación que se refleja en la conciencia pública; tomando de unos y de otros los duros cargos que mutuamente se dirigen, como la mejor demostración de que esto es pésimamente malo, por propia confesión de partes, ante la que toda otra prueba, sobra, y está de más tado razonamiento.

Hecho así, se daría una verdadera demostración de que no queda nada capacitado, ni en condiciones y en aptitud de contener la gran catástrofe más que del lado de la República, porque el régimen actual y sus hombres se han declarado ellos mismos incapacitados.

Después, fuera del Parlamento, a completar la obra, yendo a la Asamblea para proclamar la unión de todos ante los grandes peligros que amenazan a la libertad, al crédito y a la nación, y a no discutir más en el Parlamento, ni tomar parte en sus bizantinas contiendas.

A. A.

Murmuraciones

En el Congreso español ha habido un enorme escándalo por solicitar los diputados de las minorías que se abriera una información parlamentaria con objeto de esclarecer los hechos inmorales de que son acusados los ministros salientes, ó alguno de ellos, singularmente el señor Suárez Inclán, quien se ha tratado de defender en el Parlamento de las acusaciones hechas por el Sr. Gasset, y cuya defensa no ha convencido a nadie.

O el Gobierno que padecemos es un Gobierno de golfos, ó aquí se ha perdido toda noción de dignidad.

Si los hechos de que se le acusa son falsos, ¿por qué se niega el Gobierno a que se depuren mediante una información a la luz del día?

Ya declamos ayer que, sin ponerse de acuerdo, la mayoría de los periódicos españoles se ocupan en Ceuta, no sé si por intuición ó por que toda la Península está en el mismo lugar que el Gobierno, con los faldones cogidos y la puerta cerrada.

—Caballeros—han venido a decir las oposiciones—por ahí se murmuran cosas que hacen poner los pelos de punta; vuestra conducta está puesta en entredicho, y como todos sois unos caballeros, es de necesidad demostrar que esas voces malignas son infames versiones levantadas para vuestro descrédito. ¡A desmentirlas!

—¡Qué!—ha contestado el Gobierno.—Nuestros actos administrativos son inviolables como el rey, y para eso tengo aquí una mayoría de señores honrados que se negará a que se haga ninguna inquisitiva.

—Y efectivamente!

La mayoría parlamentaria se ha negado a que se abra una información parlamentaria que esclarezca el número de montes, y ríos, y valles, que ha perdido el Estado español durante el anterior ministerio.

Esto ya no causa vergüenza, ni sensación, ni disgusto.

Los españoles hemos ido perdiendo poco a poco el olfato de la mora!

Y ya no nos queda más que la convicción de que... mañana se hará peor.

El movimiento carlista, que ya estaba preparado, por lo que no sé qué motivos nos cuentan que ha fracasado. Se han cogido diez boinas, fusiles y pistoletas, y cuatrocientas sotanas y cuatrocientos bonetes.

El último valido a las Magdalenas arrepentidas es el título del editorial de *El País*, en que se ocupa en las sesiones celebradas en el Congreso.

Comienza con tres párrafos que son muy gráficas, y que voy a transcribirlos a continuación:

La sesión de ayer, muy movida, muy sensacional, muy pintoresca, es un cuadro goyesco, un bazar, desenfadado sainete de Cruz y Vega. Hubo de todo lo que constituye el picante género: desafío de dos jaques empalmados, ánotanos *coram populo*, comadres lloronas, chuscos jaleadores y bronca final.

Hasta resonó en el augusto hemisclio una palabra muy oída en ventorros, ventas, pradera del Canal y afueras y portillos de la Corte, la palabra peor oliente del diccionario, la que sólo un Victor Hugo ha sido capaz de convertir en apóstrofe épico al ponerla en los labios trémulos de uno de los héroes de Waterloo.

No hay por estas y otras concimitancias más remedio; al tratar de la sesión de ayer, que apelear a los títulos que usan los más célebres saineteros, y así podíamos titularla: *El último valido a las Magdalenas arrepentidas* y váyase usted a... la venta del grajo!

Dejémoslo en la venta del grajo y vamos a decir que no estamos conformes con eso del último valido.

Hay una errata. Tratándose de Sagasta y del régimen que representa, debe de decirse:

El último valido. Diferencia: La b por la v.

Porque hay que tener en cuenta que el régimen monárquico y su gobierno responsable son una cabrita tiñosa que bala triste y cautelosamente sobre este cementerio de desdichas a que llamamos España, los españoles, y que los extranjeros le dicen *sucursal de Marruecos*.

Los periódicos de Valencia se quejan de que el juzgado de aquella capital no corresponde, como debe, en la ocasión presente, a la misión que le está confiada para esclarecer los hechos que se relacionan con el crimen cometido

por un padre Escolapio en la persona de un niño.

Dice el colega a que me refiero: «Este escolapio goza todavía de absoluta libertad y nada induce a creer por ahora que la acción de la justicia llegue hasta retenerle en prisión provisional.

Contrasta esta vez la conducta que observa el juzgado con la que sigue en otros casos, en que, por ser seglar el real ó supuesto autor del delito, se le persigue, se le detiene y se le encarcela, aun interpretando la ley en sentido restrictivo y muchas veces falseando sus preceptos.

Dícese que ayer se practicaron gran número de diligencias interesadas por varios conceptos para conseguir que los hechos sean desvirtuados. Sería esta una intamia que no creemos consigan perpetrar los que a toda costa luchan por defender los prestigios clericales.

Esto no se conseguirá, porque estamos dispuestos a evitar por todos los medios que estén a nuestro alcance, que el autor de este inhumano hecho escape a la sanción del Código penal.»

Sucedirá lo mismo que sucedió en Barcelona con el tío hermanito que atropelló a un niño.

Por regla general, las familias de estas víctimas de la lujuria fríasca ó escolapia son pobres. Las ofrecen dinero por el silencio, y como el papel de la dignidad humana está tan bajo, lo toman y se callan...

—¿Qué vamos a hacer?—se dicen.—De todos modos, a nuestro hijo no lo podemos resucitar.

Desgraciadamente eso es lo que pasa. Ya saben los Escolapios, y los que no son Escolapios, el país en que viven y los borregos que trasquilan.

Respecto a los rumores calumniosos de que se quejan las Magdalenas arrepentidas que gobiernan este cotarro político, digamos lo que dice un testigo:

«Todo aquello de pedir pruebas, de abominar de la calumnia, de combatir la maledicencia del vulgo, de pregonar la propia honradez, de echar al fango de la calle lo que es obra del sutil polvillo de alfombrados salones, es necio por lo repetido é impertinente. Lo que se ha dicho contra esos señores y contra otros más afortunados, no se ha gritado en calles y plazas; se ha murmurado en corrillos del salón de conferencias y en tertulias aristocráticas. El pueblo no sabe de esas cosas. A ojo de buen cubero culpa a todos, a culpables y a inocentes; pero está en el secreto. En él están los que hablan a medias en el salón de sesiones y a gritos en el de conferencias. Todo Madrid, incluso ellos, lo sabía. ¿A qué esos tapujos?»

Esto es; en los pasillos del Congreso se dicen unos a otros:

—El ministro D. Fulano se ha comido en la provincia tal cuatro montes sembrados de pinos, dos veredas de carne y un riachuelo.

Pero luego, dentro del salón, y cuando el ministro acusado se duele de que se le calumnie, porque los montes comidos no son cuatro, sino tres, entonces... los que murmuran suelen decir:

—¡Pobrecito! Aquí no hay honra segura. Tiene razón Montilla: ¡debe de hacerse una ley para castigar el mal de ojo!

Todos los días leemos una noticia parecida a esta:

«En Bilbao la guardia foral ha detenido a un fugado del penal de Burgos, que se llama Basilio Madariaga, que se escapó en compañía de otro penado, Juan Aguer, el cual hace días fué también capturado.»

Se conciertan los amigos, salen a dar un paseito, como si dijéramos, a tomar el sol, y vuelven a casa.

Los que no vuelven son aquellos que encuentran colocación en algún ministerio ó alcaldía de la Península.

Hasta en presidio se goza en España de libertad.

Y todavía nos quejamos!

Moralidad canónica:

«En Lérida vive cierto canónigo con su correspondiente casera y un hermano suyo, enfermo de gravedad, que posee una fortuna cuantiosa, pues ya es sabido que los curas suelen no albergar a sus hermanos pobres.

Como la fortuna del moribundo ha de pasar, muerto éste, al dominio del citado canónigo y de sus demás hermanos, éste, que no tiene pelo de tonto, ha ideado que vayan a parar a sus manos todos los bienes que constituyen aquella, y al efecto, el día 5 de los corrientes casó a su casera con su hermano enfermo.

Así, cuando fallezca su enfermo, podrá disfrutar con su compañera de fechoría de los bienes adquiridos a tan poca costa y con perjuicio de tercero.

«Qué les parece a mis lectores de estas habilidades de los ensotados?»

Pues nos parece muy bien. Y a la casera no habrá de parecerle mal tampoco.

Y si, una vez muerto su esposo y ella heredera, se arrima a otro árbol, que dé más y mejores frutos que el canónigo su señor, tanto mejor.

¡Qué chasco se llevaría el canónigo entonces!

CARRASQUILLA.

LA RUTINA

La propensión del ánimo a seguir la senda que otros dejaron trazada es un fenómeno de psicología social, revelador de las aptitudes de un individuo ó de una colectividad.

Moverse dentro de moldes hechos; determinar nuestras acciones con arreglo a patrones ajustados de antemano; pensar con los demás, sujetos a corrientes establecidas; acomodar la inteligencia en los jalbos marca por los que se creen disfrutar el monopolio de la ciencia; impulsar la voluntad con la tutela de ajenas excitaciones; y en una palabra, vivir por las prestaciones impuesta y por el criterio sancionado; es la norma de vida más constante y menos trabajosa de suyo.

Discutir, analizar, investigar por cuenta propia, tiénese por tarea espinosa y como labor peculiar de los entendimientos cultos.

Uncidos, pues, al carro, un tanto aparatoso y teatral, de la rutina, se marcha muy a gusto. Y cuando desfilan ante nosotros los más tímidos problemas de la vida, exclamamos con naturalidad:—¡Que mediten otros!...

Así, lentamente, va la atonía invadiendo los cuerpos y las almas, entregándose todos a la esclavitud física y moral que sella de impotencia las manifestaciones de la vida.

Rutinarios son los pueblos decadentes, los pueblos oprimidos, los pueblos gastados.

Rutinarios son los pueblos ignorantes. El primer síntoma de desmerezo con que la libertad individual se exterioriza en todos los grandes y solemnes momentos, es un grito agudo de ataque, un acento de rabia, una voz de protesta y desafío contra la rutina.

Siempre la conciencia nacional, cuando ha surgido con movimientos generadores, ha librado los más rudos combates con la rutina, señora de los privilegiados, a quienes adormece con el arrullo del pasado, y reina del vulgo, a quien engre con la moliente imperturbable del presente.

En el templo de la rutina tienen sus altares fastuosos la tradición, la ignorancia, el privilegio y la tiranía.

Estos principios necesitan, para mantener sus fueros, la estólida calma de los necios; de los atrofados, de los siervos y de los indiferentes.

Porque somos un país rutinario estamos perdidos.

El espíritu refractario a las reformas y radicalismos más saludables, de que hacen gala nuestros gobernantes, nuestros economistas, nuestros pedagogos y nuestros eclesiásticos, tiene su origen en ese rutinismo oficial y oficioso que todo lo invade.

Porque los demás lo hacen, por no señalarse, como de ordinario se dice, el que no es católico, por ejemplo, se bautiza: casa y entierra católicamente; el que detesta del régimen monárquico, caciquea, ayuda, trata y contrata con los caciques; el que detesta los espectáculos bárbaros, afirma el esplendor de la llamada fiesta nacional, y así por el estilo se procede en todos los órdenes.

Y si hay espíritus convencidos, que rompen con la rutina en aras del progreso y en satisfacción de su propia conciencia, son los rutinarios, siempre los rutinarios, los que ultrajan, insultan y vociferan como energúmenos.

¡Qué asco produce una sociedad que nunca levanta la frente hacia el porvenir y se hunde en el polvo, entre enfemismos de estetas y lametas de parias sin redención!

FRAY VERDADES.

Momento crítico

No, no es el régimen monárquico-constitucional un régimen de irresponsabilidad. Ciertamente el rey de nada responde, pero hay quien responda por él. Véase el artículo 49 de la Constitución vigente. La persona del rey es sagrada e inviolable: son responsables los ministros. De esta suerte se conciertan en el sentido doctrinario la intangibilidad semidivina del jefe de Estado con la necesidad, impuesta por el principio de la soberanía nacional, de que el poder rinda a la sociedad estrecha cuenta de la gestión de los intereses colectivos.

Ingeniosa y peregrina ficción! Uno de los bandidos que secuestraron a Gil Blas, contaba a sus compañeros, relatándoles las vicisitudes de su vida, que él, hijo de humilde familia, hubo de recibir educación clásica, en compañía de un señorito de noble cuna que le profesaba fraternal cariño, y que el domine encargado de inculcar a ambos discípulos el *musa musa*, no osando castigar al aristócrata, solía descargar en las costillas del plebeyo todos los zurriagos a que se hacía acreedor el patricio. Aquel pedante procedía en el supuesto de que, dado el efecto que mediaba entre ambos escolares, los azotes prodigados al servidor aprovecharían para la edificación del amo. Menos discreto el legislador doctrinario, adjudica a los ministros cuantas correcciones el soberano pudiera merecer, con riesgo de que un rey constitucional, poco sensible al dolor de las costillas de sus consejeros responsables, pueda contestar lo que diz contestó cierto monarca al que le anunciaba haber recibido Su Magestad un bofetón dado en la mejilla de su embajador y representante: «¡Ahí me los den todos!»

Pero, en fin, en circunstancias normales y ordinarias, no falta al menos a la ténula de la opinión espaldada en que descargar los golpes de su justicia. Se dirá que si el rey, constitucional o no, hace alguna cosa, de eso que hace debe responder, y si no hace nada no se alcanza cuál pueda ser su misión sobre la tierra. El constitucionalismo monárquico no afila tanto en materia de lógica. Sea el monarca inviolable y sagrado, como lo quiere la tradición; haya quien oficialmente responda, como lo exigen los tiempos, y él se da por satisfecho. Que la prerrogativa quede de resultados forzosamente apuñalada; que el ministerio oficie acaso de cabeza de turco, eso le tiene sin cuidado. Cumplir con las exigencias de la historia es su único afán; a la razón y al buen sentido que les parta un rayo.

Mas llega necesariamente, en el juego normal de la vida política, un momento en el cual la intervención activa y eficaz del poder moderador queda al descubierto, desnuda de toda apariencia de ajena responsabilidad. Tal es el momento de una crisis. Podrá el jefe del Estado asesorarse para la solución de cuantas personas quiera, oír los dictámenes que estime oportuno; no por eso dejará de ser suya la decisión. ¿Quién puede asumir con apariencia alguna de fundamento la responsabilidad de una mudanza en el gobierno? No será el ministerio saliente, a quien se despidió con la mayor cortesía y que sale siempre muy a pesar suyo. No será el ministerio entrante, que no comienza a ser tal ministerio responsable sino en el momento en que el acto de voluntad que lo eleva al gobierno está ya consumado. La prerrogativa se encuentra entonces por un momento, en la situación de la persona colocada bajo su canalón, y a quien deja de cobijar un paraguas antes de que la preserve el otro. Si por el canal de la opinión pública cayeran en aquel preciso instante (es un suponer) torrentes de responsabilidad, díganlos por su vida los tratadistas doctrinarios: ¿quién resultaría entonces calado hasta los huesos?

No parece que los grandes preceptores del régimen, desde Benjamín Constant hasta Sagasta y desde Guizot hasta Silvela, hayan parado bastante la atención en esta circunstancia enfadosa. Hay un instante en la vida del constitucionalismo doctrinario en que ó responde la corona, ó no responde nadie. Si lo primero, todo el edificio aparatoso del doctrinarismo se viene al suelo con estruendo, ya que, admitida la responsabilidad para un caso, hay que admitirla para todos. Si lo segundo, también se hunde con no menor estrago el susodicho edificio, ya que si el rey puede determinar sin responsabilidad suya ni ajena la vida política del país en días de grave crisis, con mayor razón debía tener ese derecho en circunstancias ordinarias. Serían de ver las contorsiones que harían nuestros diestros constitucionales, cogidos entre los dos pitones de este argumento bicornuto, como lo hubiera llamado Cavia cuando actuaba de *Sobaquillo*.

Claro está que todo lo que va dicho es pura teoría y derecho constituyente. Hablar aquí de responsabilidades es gana de pasar el rato.

¿Qué más quisiéramos sino que sólo el monarca fuera irresponsable! Nuestro propósito se reduce a demostrar que el tal régimen monárquico constitucional es una de las obras más imperfectas que caben en la humana imperfección. Hecho lo cual, ponemos punto, no sin antes advertir a los realistas ortodoxos que eso de juzgar la solución de las crisis políticas es notoria irreverencia. Toda solución que se las dé es excelente, y el monárquico que otra cosa piense, piensa contra el régimen. Cállelo, aunque mejor fuera que no lo pensara. En rigor no se debería en casos tales aventurar opinión ni menos consejo, porque todo consejo, no implica necesariamente una censura para la determinación que le es contraria? El más bien intencionado consejero puede así perpetrar, sin darse de ello cuenta, aquel delito de crítica de los regios actos que tan discretamente incluía el buen Montilla en su difunto proyecto contra la difamación. Conque ¡mucho ojo!

ALFREDO CALDERÓN.

De actualidad

Lerroux pide en el Congreso el cumplimiento de la ley de sargentos.

Pide que se revoque el fallo condenatorio de un paisano que en refriega en La Línea mató a un cabo de Carabineros.

Contestó Weyler que se cumplirá la ley.

Tomóse en consideración una proposición de Sala para que se exima de derechos de Aduanas al material de enseñanza de las Escuelas de Artes e Industrias y de Ingenieros industriales.

Gasset explica una interpelación sobre la cuestión del monte Ortiguella.

Dice que afecta no a la honra, pero sí a la negligencia de Inclán.

Combate la gestión de éste, exponiendo la gravedad del caso y leyendo varios documentos.

Inclán defiéndese con la lectura de documentos, cargando la responsabilidad sobre otro funcionario.

Quita importancia al asunto. Rectifican ambos.

Continúa el debate.

Nocedal recoge las alusiones del debate y ocupándose del escándalo de ayer dijo que más bien que el parlamento parecía el patio de Monipodio.

Culpa a Sagasta de la nota de inmoralidad que se cierne sobre la cabeza de los ministros salientes por no explicar su salida y abandonar el banco azul cuando se defendían.

Jocosamente reclama que se le una Canalejas para matar a los sofistas.

Sagasta contéstale diciendo que ya se discutió sobre la moralidad.

Pide cargos concretos.

No pueden tolerarse esos cargos sin pruebas ni vivir cerniéndose sobre la cabeza del gobierno la nota de inmoralidad.

Rectifica Nocedal.

Moret dice a la mayoría que se trata de un voto de censura.

Promuévese un ruidoso incidente reglamentario.

Habla Silvela, y acuérdase votar la proposición de las minorías.

Desechóse por 161 votos contra 118.

Romero protesta de la forma de la votación.

Apruébase la orden del día y se levanta la sesión.

La proposición incidental decía así:

«Los diputados que suscriben tienen el honor de proponer al Congreso la apertura de una información parlamentaria para esclarecer y depurar los hechos que puedan afectar al concepto de la administración del Gobierno anterior.»

La formaban Muro, Nocedal, Maura, Dato, Romero, Barrio Mier, Canalejas y Castellano.

Votaron en favor de la proposición todas las minorías.

Abstuyéronse los ministros salientes, los parientes de éstos y otros.

En el salón de conferencias era comentadísima la votación.

Romero decía que significa la derrota del Gobierno, con votar en contra de él todas las minorías, pues el concepto del honor no basta que lo tengan los propios; precisa que lo tengan los ajenos.

La sesión del Senado no revistió interés general.

Viesca pidió un expediente relativo a la Junta provincial de Beneficencia de Cádiz.

Aumenta en Cuba el movimiento contra los yanquis.

Después de la sesión del Congreso, los ministros cambiaron impresiones.

Los ministros salientes mostráronse contrariados.

El Gobierno estima que debe darse por terminado el debate, en bien de las mismas minorías, pues en la Cámara están muy excitadas las pasiones y puede surgir un conflicto.

París.—El Gobierno ofrece 10,000 francos a la persona que ayude a la policía a capturar a la familia Humbert.

Don Amós ha negado que se firmara decreto restableciendo la antigua organización del ministerio.

Se encuentra grave la Emperatriz de Rusia.

Un vapor inglés echó a pique a otro dinamargués en la embocadura Tyne, ahogándose ocho tripulantes.

Al terminar en el Congreso el debate, explicará Labra en el Senado una interpelación sobre las cuestiones de Marruecos.

Gullón reemplaza a Puigcerver en la presidencia de la comisión de actas del Senado.

Con motivo de no votarse la proposición de no há lugar a deliberar, prodújose en el Congreso entre la mayoría un escándalo horrible.

Londres.—A consecuencia de marchar tres cruceros franceses a Marruecos, Inglaterra ha ordenado que la escuadra inglesa que se halla en Lisboa marche a Tánger.

Los ministeriales son partidarios de luchar a todo trance.

Los fríos continúan intensísimos en Alemania y el Norte.

El lunes marchan a Iruo, Lerroux y Soriano a esperar a Estebanez y La Torre, que vienen de París para celebrar en San Sebastián un mitin de propaganda radical.

Anúnciase para mañana una reunión de los jefes de las minorías del Congreso.

La comisión del monumento a D. Federico Rubio visitó a la familia real para pedirle su cooperación, y ofrecióronla.

Importantes personalidades suscribiéronse. El Senado votó 5,000 pesetas; se suscribirán el Ayuntamiento, el Banco y el Congreso.

El Gobierno ha comunicado a los diputados de la mayoría que acudan al Congreso a primera hora.

La evolución de la gloria

Se multiplican las estatuas y los mausoleos, los monumentos y los cuadros conmemorativos, las condecoraciones y las alabanzas. Se suceden sin intervalos las veladas onomásticas. Cada periódico es un himno al héroe del día. No salimos de casa sin encontrar modificado en obsequio a alguien el nombre de una calle. Nuestros propios nombres, Pedro, Juan, Antonio, son los de grandes muertos. Vivimos en pleno culto de los héroes, y como su existencia no tiene más objeto que la producción de nuevos hombres superiores, las gentes se unen para honrarlos, con la esperanza de ser honradas a su vez mañana. El deseo de gloria, llámese honor, llámese vanidad, es el estímulo más fecundo de las almas humanas, de las mejores cuando menos.

No ha sido siempre así. Era en otro tiempo tan difícil la conquista de la gloria, que parecía locura perseguirla. El ideal del sabio consistió en retirarse del mundanal ruido para vivir oscura vida, ni envidiado ni envidioso. Le ridiculizaba el afán de nombradía. Siempre la humanidad, como la zorra de la fábula, ha tendido a ridiculizar lo inasequible.

Lo perfecto era comer, dormir y soportar resignadamente los dolores naturales de la vida, sin echarse a buscar otros nuevos. Solo una gloria merecía respeto: la del poder, la de la autoridad, la de la fuerza. Era en verdad la única que solía llegar a las aisladas casas de nuestros antecesores.

Hoy se ha roto el aislamiento antiguo. Llegan a los hogares los periódicos y destierran las preocupaciones personales. Ya no se piensa tanto en uno mismo, y sí más en lo común. Pero lo común, aquello de que hablan los periódicos, más son las personas que las cosas.

Se escribe más acerca de los políticos, los artistas, los sabios y los filántropos, que de la política, el arte, la ciencia y la filantropía. Los ridiculizados se han impuesto. Los periódicos son bombas impelentes, que, puestas en las plazas públicas, arrancan a las gentes de sus casas.

Aún protesta el hogar contra esta extensión indefinida de la calle y de la plaza. «Vanidad, vanidad! dicen las casas. ¡Egoísmo, miseria! replican los hombres de la calle. ¡Egoísmo, miseria! ¡y es verdad!... Lo más noble de la vida humana, arte y ciencia, patria y trabajo, moral y religión, pertenecen a la plaza y a la calle. Pero cuando se dice: ¡vani-

dad, vanidad! no se incurre tampoco en error. El culto de los héroes y el deseo de ser uno de ellos es pura vanidad. A los héroes los destruyen las obras; a Homero, Aquiles; a Cervantes le mató *Don Quijote*. Los héroes se destruyen por contraposición: al de la opulencia, el de la caridad; al guerrero, el humano. Se destruyen igualmente por juxtaposición: ya no se limita nuestro culto a los de la familia, los del pueblo ó los de la nación; honramos a los de la humanidad. Todos acuden a esta confluencia é influyen en nosotros. Adoramos a los poetas, cien guerreros, cien inventores... ¿qué importa un nombre más?... ¿recordará nadie la línea completa?... Y finalmente, a los héroes los destruye la crítica. Son como esas ciudades y esos imperios y esos hombres que figen desde lejos las crestas de rocas. Os acercáis y desaparecen.

La gloria es vanidad. Pero la vanidad no es sentimiento condenable. A los ojos de los astros parecerá inútil y mezquina la elevación de una columna de humo ó de un globo de espuma de jabón; a nuestros ojos de hombres pegados a la tierra, la ascensión es un ideal. Así la vanidad. Las almas verdaderamente nobles no necesitan el estímulo de la gloria para hacerse útiles a los demás. Saben estar en silencio, porque dentro de sí y no fuera encuentran móviles a su conducta generosa.

Por ahora no ha de exigirse que sean así todas las almas. En el fondo de nuestro ser solo anidan los bajos instintos que nos legó la Historia: el de conservarse y el de reproducirse. El deseo de gloria, la vanidad, es ya sentimiento tocado de altruismo, pues si bien se refiere solamente a nosotros, nos hace pensar en los demás incitándonos a vivir en su memoria. Parte de un reconocimiento de los otros, entraña un comienzo de amor, es cuando menos un saludo al prójimo. Es, desde luego, superior a la ambición, deseo de un gran puesto, que es instinto de dominio, es superior al afán de bienestar, que como este móvil, que ya supone ciertos refinamientos en los sentidos, es superior al miedo, estímulo que compartía con las bestias el hombre primitivo.

La moral es eterno devenir, evolución interminable. Del miedo surgió la codicia, de la codicia la ambición, de la ambición el honor, el culto de los héroes, llámese gloria, llámese vanidad. Hacia aquí. Honor, gloria, heroísmo; todo vanidad. Pero no maldigamos de la vanidad, del honor. El deber, estímulo cardinal en la sociedad de nuestros días, necesita hoy por hoy los andadores de la gloria. En su hijo; ya se emancipará.

RAMIRO DE MASETU.

CELINA

(CUENTO)

Mi amigo Tristán y yo habíamos sido invitados a pasar el día de San Martín en casa de nuestro colono Beaurain, a una legua de distancia del pueblo donde estábamos pasando una temporada.

Fuimos acogidos con gran alegría por toda la familia, compuesta del padre, de la madre, de tres varones de nueve a dieciséis años y de la hija mayor, Celina, que acababa de cumplir dieciocho primaveras.

Era Celina una criatura encantadora, rubia, esbelta, con un rostro de cielo y unos ojos verdaderamente fascinadores.

Después de habernos dado la bienvenida, nos dirigimos todos a la iglesia a oír la misa solemne que se celebraba en honor del santo patrón de la parroquia.

La nave del templo era aquel día demasiado estrecha para contener el inmenso gentío que allí se acumulaba. Los hombres estaban a la derecha y las mujeres a la izquierda.

Mientras Tristán, cediendo a profanas distracciones, se ocupaba tan solo en contemplar a través del humo del incienso la deliciosa cara de Celina, los niños del coro entonaban el *Gloria*.

Después el cura subió al púlpito e hizo con notable elocuencia el panegírico del santo.

Una vez terminada la ceremonia religiosa, regresamos a casa de Beaurain y nos sentamos a la mesa.

La comida fué tan abundante como sencilla. Tristán estaba sentado al lado de Celina y después de luego noté que se mostraba muy amable con su vecina, tomando poca parte en la conversación general.

Sin embargo, no dejaba ésta de ser interesante; pues giraba sobre los milagros del santo y las costumbres de la localidad.

—El primero de Mayo—decía la madre—es preciso beber un vaso de vino blanco, comer un ajo y frotarse los labios con una moneda de veinte francos. De ese modo se tiene dinero todo el año.

—Si—contestaba el padre—pero para eso es indispensable disponer de la preciosa moneda, lo cual no está al alcance de todo el mundo.

—Vale más—dijo el mayor de los chicos—ir al bosque en busca de un cuchillo. El primero que lo oye tendrá siempre dinero en el bolsillo.